



**Texto y fotos: Lety Mary Alvarez Aguila**

Ángel Eduardo Capote Linares amanece en el surco. Al llegar a sus terrenos, se le distingue desde cualquier lugar. Febrero se despide y, sobre la finca, puede sentirse esa mezcla agradable entre frialdad y nítidos rayos de sol que calientan al visitante. El panorama verde atrapa todas las miradas, y un olor indescriptible revela un paraíso erigido con sudores y esfuerzos. Solo han bastado tres años para transformar el abandono en belleza.

En la Circunscripción 58 de Las Minas, demarcación del Consejo Popular Antón Díaz, en Santa Clara, reside el protagonista de esta historia. A simple vista parece un hombre común, con estatura y robustez típicas de quien ha vivido por y para la tierra. Sin embargo, detrás de un físico imponente se esconden un alma noble, una sonrisa pura y una cultura agrícola envidiable.

Ante la pregunta «¿Esto era un basurero?», Ángel Eduardo Capote Linares sonríe con la mayor disposición de contar. Invade sin titubeos el sillón de suiza y comienza el «había una vez» más deleitante y enriquecedor que alguien podría escuchar. Y hay que prestar atención. Se trata, a fin de cuentas, de una historia de amor.

«Nací y me crié en Taguasco, Sancti Spiritus. Luego vine a Santa Clara, estudié, me hice ingeniero químico, trabajé un tiempo en la Empresa Láctea. Después me trasladé a Manicaragua y estuve 29 años por aquella zona. Durante 12 años, presidí una cooperativa».

Así se escucha el collage biográfico de alguien que colecciona estampas de mérito. Antes de aterrizar en el paisaje que hoy lo enorgullece, Ángel intenta narrar de un modo casi atropellado los peldaños que lo trajeron hasta aquí. Fue uno de los seis primeros agricultores que sembraron tabaco tapado en Manicaragua. Logró 12 veces en cinco años. En dicho territorio se halla escrita gran parte de su vida. Integró los comités municipal y provincial de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), organización en la que se desempeñó como cuadro, incluso, participó como delegado en su IX Congreso.

Los cinco años que atendió la ANAP en el lomerío manicaraguense le ofrecieron la posibilidad de ampliar su preparación y aprender de cerca los secretos del campo gracias a intercambios con los campesinos, aunque este universo no resultaba nuevo para él.

«Visitó a varios campesinos en la montaña, que es otro tipo de agricultura, no funciona como acá en el llano. Conocí mucho en una etapa donde no había celulares ni Internet. La comunicación era de hombre a hombre. También me seleccionaron como cuadro del Partido en el Buró Municipal de Manicaragua. Fungí como miembro no profesional por cinco años, y luego, por cosas de la vida, retorné a Santa Clara, la ciudad donde me había formado».

Ángel y su familia regresaron a la urbe pilonga al concluir la etapa de COVID-19, tras el fallecimiento de sus tíos, quienes ocupaban la propiedad que ahora pertenece al agricultor.

«Yo ayudé a hacer todo lo que usted ve aquí. Al inicio, mi tío destinó la tierra al cultivo de orquídeas, frutales y plantas aromáticas para contrato con el turismo, a

# En el campo, todos los días se aprende



**Por más de 30 años, Ángel ha compartido el techo y el surco con su esposa Alina, quien lo respalda en todos los proyectos.**

pesar de que él ya estaba ciego. Más tarde murió, y se quedó mi tía. Pasaron distintas personas a trabajar ahí y se construyeron viviendas alrededor de esto. Comenzaron a arrojar desechos, por eso decíamos al principio que era un basurero. Costó trabajo y tiempo rescatar toda el área, que se encontraba cubierta de cuanto escombros y basura existían».

Las palabras de Ángel despejan la duda. De inmediato, la historia adquiere color y sabor. Hace aproximadamente tres años se enfrascan en la producción de cultivos varios en la finca. Disponen de cinco variedades de boniato de alto rendimiento, lechuga, pepino, además de frutales como piña, guayaba, mango, mamey, cereza, naranja y limón.

Pueden apreciarse, también, los bancos de semillas y unas siembras organizadas de manera milimétrica. Ángel confiesa que desean sumar el café, pero han enfrentado limitaciones en cuanto a las posturas. Asimismo, habla sobre una guayaba enana, en un espacio lateral de su enclave.

«En el campo todos los días se aprende algo, porque el que diga que sabe, está embarcado. Siempre surge una forma nueva, hasta de cómo sembrar la yuca. Yo me pasé nueve años sembrándola acostada y ahora se hace con la estaca vertical. Y eso trae consigo un rendimiento superior, resulta más fácil para todas las labores y para la cosecha».

Entre los tantos aspectos curiosos en los terrenos de Ángel figura el humus de lombriz que él mismo fabrica, a partir del aprendizaje infinito que la naturaleza le brinda.

«Hoy, de forma rústica, produzco mi propio humus de lombriz y ya lo aplico. De hecho, las posturas que tengo ahí en bandeja poseen un 50 % de humus y un 50 % de tierra. Al tomate sembrado le hice el aporte con este fertilizante que también utilizamos de forma líquida».

El campesino encontró otra pasión en la agroecología. Sobre esta práctica cursó un diplomado con el fin de expandir sus perspectivas. Vale mencionar que intercambia con colegas de Manicaragua —a quienes llama los reyes de la provincia— y otros productores en cuanto a este sistema de trabajo integrado. Así descubre cómo desplegarlo en la finca.

«Por ejemplo: la lombriz no solo se emplea para lograr el humus. Representa un indicador de fertilidad del suelo: donde no hay lombrices no hay fertilidad. Igual sucede con plantas como la hierba fina, el bledo, la verdolaga, y esas hierbas brotan acá como indicadores. Este suelo es



bastante fértil. Antiguamente, se vertían aquí muchos residuos de una pollera. Con el paso de tiempo, hemos practicado lo aprendido para obtener buenas producciones.

«En el transcurso de los años aprendí bastante. Con el tabaco tapado pasé una escuela, porque tuve en aquel momento un asesor pinareño que no solo nos enseñó a producirlo, sino algunos secretos de la agricultura, de cómo manejar las plantas, de cómo amar el suelo».

Lo que germina en las tierras de Ángel beneficia a la comunidad. Los productos concurren a las ferias desarrolladas en su consejo popular y, además, se destinan al consumo familiar de trabajadores que lo apoyan. El finquero ha recibido reconocimientos por continuar la tradición de donar alimentos a los comedores del Sistema de Atención a las Familias (SAF).

«Hay un SAF aquí en Antón Díaz, específicamente en La Gomera, que atiende a 100 abuelos con limitaciones. A ellos les hemos ayudado. Lo hicimos el 24 de diciembre, el 14 de febrero y esperamos hacerlo el 8 de marzo. Solemos efectuar esta actividad en fechas históricas. Tradicionalmente sucedía en Manicaragua, con una casita de niños sin amparo familiar en La Moza, y también hemos ido a los hospitales. Se trata de misiones que ahora estamos retomando».

En sus declaraciones, Ángel hace uso constante del plural. Y es que se le hace imposible no hablar de su esposa al referirse a todo lo que ha construido. Ella lo impulsa y apoya para que las donaciones, o cualquier otro proyecto, tengan el merecido éxito. Se conocieron en la Empresa



Láctea, donde él respondía al cargo de jefe de planta y ella era técnica de laboratorio. Desde entonces, el calendario ha acelerado más de 32 años de una vida compartida en el surco y bajo techo.

**JUNTO A UN GRAN HOMBRE, UNA GRAN MUJER**

Alina Ibarrollín Chávez, natural de Manicaragua, se regocija al revelar su origen campesino. Rememora la época en que conoció a Ángel y cómo retornaron a la vida rural a raíz del período especial.

«Ocupamos la tierra que tenía mi papá y empezamos a producir allí. Al lado de Ángel he adquirido conocimientos sobre esta labor. Criamos a nuestras hijas con lo que nos daba el fruto de esa tierra. Entonces, junto a un hombre con esas cualidades, tiene que existir una mujer que apoye, que cuide, que esté pendiente. Hemos escogido esta parcela y la hemos transformado. Estaba en condiciones un poco precarias, pero se logró. Y aquí nos ayudamos, incluso, vendemos juntos en la feria. Él es muy importante en mi vida. Lo es todo. Sería imposible de otro modo. Vivimos el uno para el otro y nos ayudamos en lo que se presente en el día a día».

Alina se consagró al comité municipal de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) en Manicaragua por más de 15 años y representó a las mujeres de ese territorio en el X Congreso de la organización. Entre sus reconocimientos, destaca la medalla 23 de Agosto y, al igual que su esposo, incursionó en el comité de la ANAP.

«Apenas llegamos aquí, creamos un fuerte vínculo con los delegados y les manifestamos la necesidad de apoyarlos, porque esa tarea se hace difícil en estas circunstancias. Uno tiene que colaborar para que la labor se vea y la gente siga creyendo».

**LA SEMILLA DE LA PERMANENCIA**

Ángel no cree merecer tantas condecoraciones ni fotos publicadas en redes. No trabaja para eso. El haber levantado su finca en tres años se lo debe a la permanencia. Ahí radica su clave del éxito, en ir al surco sin dudar.

«Aquí se trabaja todos los días, mañana y tarde. Parece difícil, pero es real. No importa que sea domingo, o que celebremos un cumpleaños, siempre hay alguien acá, en función de que todo salga bien».

**—¿Comparte la máxima martiana de que «si el hombre sirve, la tierra sirve»?**

—Sí, por supuesto. Una vez tuve un profesor en La Habana que hablaba del pensamiento agrario de Martí. Por ahí se construyen bosques martianos y las personas no saben por qué, pero Martí habló de lo que debían tener las escuelas, de las plantas que se necesitaban en una casa para que no faltara el fruto, de la fertilidad y grado de acidez del suelo».

En este momento Ángel Capote vuelve a sorprender. Reserva preocupaciones, como cualquier ser humano que se abruma ante tiempos complejos; pero, con sorprendente rapidez, pasa de la situación electroenergética y su incidencia en los cultivos a explicar sobre sistemas de riego, o por qué la lechuga se encuentra entre las diez hortalizas más rentables. El diálogo se resume en su frase más citada: «Estamos aprendiendo».